

blemos del infinito me dilataré mas. Vamos á otro punto, porque es preciso llevar el paso ligero.

§ III.

De la unidad de composicion.

TEOD. — Os dije que habia tres modos de ser *una* cualquier cosa, ó por ser simple y sencilla, ó por ser compuesta de muchas, ó por ser considerada por la razon como si fuese una. Ya hemos tratado de la primera unidad: síguese la segunda, que es la de *composicion*. Para hacer de muchas cosas una es preciso unirlas entre sí. De tres modos esplican los filósofos esta union. Unos dicen que las partículas de la materia se tejen entre si, ó se prenden de tal modo por su configuracion, que unas traen consigo á las otras, como vemos en los hilos de una cuerda, ó en las piezas de cualquier artefacto. Otros dicen que se unen mutuamente estas partículas, porque hay un fluido sutil que girando alrededor las oprime, al modo que el aire junta los dos hemisferios de Magdeburgo, como os lo espliqué tratando del peso del aire. La tercera opinion, y la que mas me agrada, dice que se unen entre sí las partículas de la materia siempre que se tocan, por causa de la mútua atraccion que todas tienen, y la llaman *atraccion de cohesion*. Distinguen los newtonianos en los cuerpos tres especies de atraccion: la primera es general, y de ordinario la llaman *peso* ó *gravedad*

recíproca, y esta obra en todos los cuerpos y á todas distancias, bien que desigualmente, segun lo que dije tratando de los cielos. La segunda es especial, y propia de algunos cuerpos eléctricos, como el iman y otros que conocemos: tambien esta obra con desigualdad en desiguales circunstancias. La tercera, no menos general en las partículas de la materia, se llama de *cohesion*, y solamente obra en el contacto ó casi contacto: á esta atraccion del contacto de las partículas atribuyen la union de unas con otras.

EUG. — El caso está en si hay esa atraccion, ó si la prueban las esperiencias como prueban la gravedad general y la del iman, etc.

TEOD. — A fuerza de esperiencias, amigo Eugenio, me ví precisado á creer que la habia, sea la causa la que fuese. Limando dos balas de plomo en una pequeña porcion para que queden chatas, y la una pueda tocar á la otra en su superficie plana, si cargamos una contra la otra, retorciendo algun tanto quedan pegadas, y cuesta mucha fuerza el separarlas. Dos pedazos de vidrio bien planos y lisos, v. g. dos pedazos de espejo, mojándolos para que no quede vano entre las dos superficies, se pegan de suerte que cuesta mucho separarlos perpendicularmente, y aun horizontalmente cuesta si estan levisimamente mojados, lo que se observa, como os dije, en el *vacío* de la máquina; y para separarlos se necesita mucho mayor peso que el de la columna de aire que les corresponde. Mr. Desagulier halló casualmente dos botones de cristal con una superficie plana, que tendria una dozava parte de

pulgada de diámetro, y sin mojarlas con aceite ni con agua unió una con otra, las apretó, y de tal suerte quedaron presas, que sostenian diez y nueve onzas, y en aquel caso no pasaba de una el peso del aire. En dos bolas de plomo que hizo planas con un cuchillo en una parte de la superficie, que tendria una quinta parte de pulgada, se vió que no se separaron con menos de cuarenta onzas, cuando el peso del aire equivaldria á menos de cuatro. Yo hice algun dia cuanto pude por explicar estos efectos sin la atraccion, mas hoy no me atrevo á eso.

EUG. — Ya estaba yo para hacerose ese argumento.

TEOD. — No me precio de ser tenaz: mudo de opinion cuando veo que estaba lejos de la razon aunque imaginaba estar muy cerca. Los fluidos dan otra prueba convincente de la mútua atraccion, aunque es menor que en los sólidos, y por esto se separan fácilmente, lo cual se puede atribuir á que no se tocan tanto sus partículas entre sí, y por eso cualquiera causa las separa ó perturba. Esto es lo que hace el fuego cuando derrite los metales: entre tanto que nadan en el fuego las partículas de metal, y son agitadas por él, no se tocan tanto, ni se atraen y unen con tanta fuerza como cuando se enfrían, y quedan sólidas. Mas para probar que todos los fluidos tienen esta atraccion basta el ver que todos forman sus gotas redondas, buscando siempre la forma de esfera en cuanto lo permite su gravedad. Dos gotas del mismo líquido, siendo cada una de por sí redonda, entre tanto que se tocan se pegan mútuamente una con otra, y forman una bola. Es-

tos efectos, Eugenio, piden alguna causa. Algun dia pensaba yo que este efecto provenia de la presion del aire exterior: hoy no puedo creer tal cosa, porque si hubiese de haber mayor fuerza de presion en una parte que en otra, la parte mas plana y superior de cualquier gota seria mas oprimida contra el fondo que hácia los bordes en redondo; y así la opresion del fluido si hubiese de ser mas fuerte de una parte que de otra haria la gota cada vez mas chata. Luego debemos creer que en estas partículas hay una fuerza recíproca con que se atraen; y como en el diámetro horizontal por ser mayor hay mas partículas que en el diámetro perpendicular, tambien la fuerza que empuja un lado hácia otro es mayor que la fuerza que impele la superficie superior hácia abajo: por este motivo se llegan mútuamente los bordes alrededor, y la superficie superior, no obstante la atraccion de las inferiores, y á pesar de la gravedad del fluido, sube, y se levanta en bóveda; y si no fuese el efecto del peso del líquido quedaria la gota perfectamente esférica, y solo en esta figura estaria contenta la mútua atraccion de las partículas, porque siendo el diámetro perpendicular igual al horizontal, quedarian iguales todas las fuerzas *atraentes* y en equilibrio, sin que las unas venciesen á las otras. Advertid que en donde hay mas partículas de materia bajo el mismo volumen, es mas perfecta la figura esférica, como lo vemos en el azogue y en los metales derretidos. Mas diré. Vemos que en cualquier vaso lleno, si estan secos los bordes, hace la superficie del fluido una como bóveda, la que tanto

es mas sensible, quanto es menor el diámetro del vaso; y aquí hay la misma razon que en la gota, porque la mútua atraccion de las partes del fluido impide en quanto puede que este caiga hácia los lados. Lo mismo se ve quando de una botella queremos echar una sola gota de liquido, porque con el deseo de que no pase de una gota vamos despacio, y vemos tal vez que la gota está como colgada sin caer, pudiendo caer por estar la mayor parte en falso. Esto procede de que la atraccion de las demas particulas que estan juntas la detienen y suspenden.

EUG. — Yo he hecho casualmente esas esperiencias, sin haber hasta hoy reflexionado en ellas; ahora conozco que son una prueba grande de la atraccion que dicen los newtonianos.

TEOD. — Otra prueba tenemos en los *tubos capilares*. Ya sabeis que llamamos *tubos capilares* los que son muy delgados; y así como los cabellos son de hechura de canutos, como se ve por el microscopio, les vino la semejanza de los canutos de vidrio, delgados como cabellos, á dar el nombre de capilares. En estos canutos, sumergiéndoles una estremidad en algun líquido, sube por dentro mucho mas que por fuera, y en los que son mas delgados sube mas en razon inversa de sus diámetros. Tambien sube el líquido por la esponja, y en un terron de azucar quando se moja en él la estremidad inferior, esceptuando el azogue y los metales derretidos, este es un efecto constante y general, el cual pide una causa general y constante. Confieso que no hallo otro mas á propósito que la atraccion del tubo:

quando es mas estrecho sustenta mayor altura, porque la superficie del vidrio está mas cerca del centro de la columna, y este centro ó eje viene á ser mas leve por la mayor atraccion; y para ponerse en equilibrio el fluido exterior es preciso mayor altura. El azogue no sube ni al nivel, porque la atraccion de las otras partes inferiores del fluido es mas fuerte que la de las superiores del vidrio: por esto en vez de subir al nivel del fluido esterno se queda mas abajo. En los vasos que no estan llenos de fluido, y tienen la interior superficie mojada, sucede que la superficie del líquido sube quando casi llega á tocar en las paredes del vaso, de suerte que la superficie del licor es sensiblemente cóncava, lo que se conoce bien, poniéndola de suerte que pueda la luz reflejar de ella. Esto prueba la atraccion de las paredes del vaso sobre la superficie del fluido, lo que no sucede en el azogue, por la razon aplicada á los tubos capilares. De la misma suerte si ponemos dos vidrios planos mojados en las superficies interiores, de suerte que se toquen por un canto y por otro, y tengan entre sí la distancia del grueso de una moneda, metiendo en el agua los dos vidrios á plomo, de modo que la toque la parte inferior, veremos que sube el líquido por entre los vidrios arriba, y que por la parte que estan mas juntas sube mucho mas. Esto es una consecuencia de lo que se ve en los tubos capilares, y solo se puede atribuir á la atraccion de las partes del vidrio sobre el fluido. Confieso que esta materia es bastante delicada; pero iguales esperiencias, ó tal vez menores, precisaron á todo el mundo á dar al iman y á los cuerpos eléctricos la

atraccion que hoy ninguno les disputa, porque estan desde el principio en esta posesion. Luego sin delito podemos conceder á los newtonianos esta mútua y general atraccion de las partículas de la materia, aunque ocurran algunas dificultades, que con mas tiempo y mas reflexion llegarán á desvanecerse, como me sucede á mí con muchas, que me impedían en otro tiempo suscribir á esta opinion.

SILV. — Suspendo mi juicio, y no tengo gana de sentenciar sobre este pleito. Avenios allá con ellos.

TEOD. — Acá nos ajustaremos, Eugenio. Digo, pues, que atendiendo á estar probada la atraccion con mil casos, y positivamente probada en este caso del contacto de todas las partículas de la materia debemos sentar que esta mútua atraccion del contacto es la causa de la union de las partes de materia que componen y forman un todo, que era el punto que tratábamos.

EUG. — Los cuerpos mas duros diremos que son aquellos en los cuales se tocan las partículas mas perfectamente, y los mas blandos aquellos en que se tocan muy poco.

SILV. — Pero de eso se seguirá que los mas pesados serán siempre mas duros, porque, segun vuestra doctrina, como en los mas pesados hay menos poros se tocarán mas las partículas de materia.

TEOD. — Ved aquí una buena dificultad. Pero mirad, Silvio, bien pueden las partículas de la materia estar igualmente llegadas entre sí, y tocarse ya mas ya menos. El estar mas ó menos llegadas consiste en la distancia que hay entre los centros de una

y otra. El tocarse mas ó menos pende de la semejanza de las superficies en que se tocan. Bien llegada está una bala lisa á un plano, y en solo un punto le toca. Ese mismo metal batido en hojas de lata, y hecho como una caja cuadrada, toca mas en el plano: si la superficie del plano y de la caja fueren muy lisas se tocan mucho: si la una fuere lisa y la otra áspera la tocará en menos puntos, y la distancia siempre es la misma. Si llenásemos de balas un cajon, por mas que las carguemos y apretemos cada una tocará en muy poco á la otra: solamente en un punto tocará á la mas vecina. Si llenásemos esa caja de latas de Flandes, como son las latas del té, se tocarán mútuamente por todas sus superficies; y no obstante nadie duda que el cajon de balas es mas pesado que el de hojas de lata, y que en él estan las partículas del hierro con menos distancia y menos poros cuando está lleno de balas. Por lo que bien puede suceder que en un cuerpo por ser mas pesado y no tener tantos poros disten menos las partículas, sin que por eso se toquen mas, echando la cuenta con todos los puntos de contacto del cajon ó dentro del volumen de cualquier cuerpo sensible.

EUG. — Esa respuesta, Silvio, no tiene instancia,

SILV. — Téngala ó no la tenga yo despues de viejo no he de ser newtoniano, diga Teodosio lo que quisiere.

EUG. — Ni yo por ser mozo seré aristotélico. Con que, Teodosio mio, ¿á esta reciproca atraccion atribuis la union de las partes que hacen cualquier compuesto? Yo me inclinaba mucho á la opinion que atribuia esta union á la contestura y modo de me-

terse unas partículas entre otras, como lo vemos en el paño, cuerdas etc.

TEOD. — A mí siempre me agradó eso mucho, y aun me agrada esa opinion : no obstante creo que de una y otra causa nos debemos valer para explicar lo que vemos en la naturaleza. No podemos negar la atraccion. Tampoco podemos negar esta contestura, y una y otra cosa son capaces de prender unas partículas con otras. En las partículas primitivas juzgo que la atraccion nacida del contacto es la causa de la union, porque siendo sencillas é indivisibles no se entiende muy bien cómo puedan enlazarse unas con otras, y tocarse de modo que se prendan. En las partículas sensibles y mayores ayudará mucho la contestura, y el modo de meterse unas entre otras para prenderlas, como vemos en las plumas de escribir, cuyos hilos laterales ya se desprenden, y ya se unen con facilidad; y examinando el punto con aguda vista ó con el microscopio, vemos que cada hilo lateral está preso á su vecino con una especie de anzuelos que con facilidad se sueltan ó se prenden.

EUG. — Y me parece razonable.

TEOD. — Hemos explicado la unidad de simplicidad y la unidad de composicion : falta explicar la *unidad de razon*.

SILV. — Ahora sí. Eso merece bien la atencion y las disputas.

§ IV.

De la unidad de la razon.

TEOD. — En este punto, Eugenio, seremos brevisimos sin omitir cosa que sea de importancia.

SILV. — ¿Hay por ventura alguna cosa en que mas se ejercite la delicadeza de los grandes ingenios que en los universales?

TEOD. — Por causa de esta *unidad de razon* entraron en las escuelas los *decantadísimos universales*, materia que tiene quebrada la cabeza á todos los ingenios del siglo pasado, y aun en Francia llegó á levantar tumultos; de suerte que hasta los monarcas se vieron precisados á interesarse en los partidos entre *nominales* y *reales*, que eran dos poderosos bandos, nacidos de las disputas de las escuelas. Yo que tambien fuí de los infelices, escribí en mi mocedad muchisimos cuadernos de papel sobre los universales : grité mucho en las aulas, y me cansé increíblemente en discurrir sobre estas materias. Pero ahora, que Dios me hizo el favor de que yo mirase estas cosas sin la pasion de las escuelas, juzgo lo que juzgan todos los que nacieron en mejor siglo ó mejor pais, que todo fué trabajo inutil y perdido.

SILV. — Hombre dichoso os podeis llamar, pues Dios os ha rescatado de la esclavitud en que estuvieron tantos hombres grandes. Algun dia los me-

jores talentos del mundo se emplearon en tratar en las universidades estas materias que despreciais. Gemian y sudaban con el peso de las grandísimas dificultades que encontraban. En las universidades mas célebres se fundaban cátedras para explicar perpetuamente el sentido en unas de uno, en otras de otro autor, venerando al mismo tiempo las sentencias opuestas, y queriendo que se perpetuasen las doctrinas de aquellos hombres que mas se habian distinguido en estas disputas. ¿Y ahora?

TEOD. — No os aflijais, amigo, que yo tambien les tengo respeto, y tanto, que ni quiero llegarme de cerca para examinar atrevidamente lo que dijeron. Dos razones tengo para no tocar estas disputas: la una porque tantos hombres grandes escribiendo, y hablando por tantos años en ellas, ya lo dijeron todo, y nada me dejaron que decir: la otra porque cuando ellos siendo de tan agigantado talento se veían abrumados con el peso de estas dificultades, no quiero tomarle sobre mí, porque no tengo tantas fuerzas. No obstante, quiero deciros, Eugenio, en dos minutos lo que baste para saber lo que merece saberse en todo cuanto ellos dijeron. Yo que estudié con bastante aplicacion y muchos años puedo hablar y decir por esperiencia lo util que saqué de allí.

EUG. — Pues solamente lo util es lo que deseo saber.

TEOD. — Todas cuantas cosas hay y son imaginables tienen semejanza y desemejanza. Se asemejan en unos predicados ó calidades, y en otros predica-

dos ó calidades se diferencian. Don Pedro se parece á su criado en ser hombre: se parece á un leon en ser animal: se parece á los árboles en ser viviente y en crecer: se parece á una piedra en ser palpable: se parece á un angel en que tiene inteligencia: se parece á Dios en tener existencia; pero de todas estas cosas se diferencia por algunos predicados ó calidades. Ahora bien, yo puedo mirar á este ó á aquel predicado de Pedro, y reparar en aquello en que se parece á esta ó á aquella cosa, y no mirar ni hacer caso de los predicados en que se distingue de ellas. Considerando solamente el ser *hombre* ó el ser *viviente* hago un *universal*, porque como este predicado es predicado de semejanza se halla en muchos: todos los vivientes tienen esta razon ó este predicado *viviente*, que universalmente conviene á todos. Del mismo modo todos los hombres tienen este predicado de ser hombre, el que les conviene universalmente á todos. Ahora, pues, aquí teneis dos universales, ó dos razones comunes, ó dos cosas, que son *una* por la razon. Este predicado *hombre*, v. g., ó *viviente*, es *uno* por obra del entendimiento, porque cuando digo esto no hago diferencia de hombre á hombre, y todos se me representan en este particular una misma cosa. Ved aquí lo que yo decia, que habia una unidad de la razon, esto es, cosas que nuestra consideracion hacia *una*, porque, aunque son muchos objetos distintos entre sí, se consideraban confusamente sin atender á las diferencias y desemejanzas; y en este caso la razon de semejanza considerada simplemente es una cosa que conviene á todos los

que estan debajo de esta razon comun. ¿Entendeis esto?

EUG. — Una criatura lo entenderá.

TEOD. — Pues ved aquí lo que hay sustancial en todas estas cuestiones. Advierto que á estas razones comunes daban varios nombres, segun qué comprendian bajo de sí mas ó menos sugetos : á una la llamaban género, á otra especie, etc., y tambien segun que eran predicados de esta ó de otra calidad, que os es inutil saber. Vamos á cosas de mayor importancia si Silvio nos da licencia.

SILV. — La doy, la doy, y de buena voluntad. Si habeis de tratar así con irrisión y desprecio lo que tantos hombres grandes trataban con sumo cuidado, mejor seria no hablar en esto. Vamos adelante.

§ IV.

De la verdad de todas las cosas, en donde se trata del espacio y de la negacion.

TEOD. — Ahora quiero, Eugenio, que tengais un poco de paciencia conmigo, y que os asegureis en lo que muchas veces os he dicho, pues yo no os he de mortificar con cosas que juzgue inútiles. A la verdad he visto hombres muy grandes embarazarse en cosas importantísimas, por haber despreciado algunas que ellos reputaban por bagatelas. Yo hallo que lo que por esperiencia propia me dió utilidad, tambien la dará á los otros : por esto no trataré,

antes echaré fuera todo aquello de que no hubiere yo sacado utilidad alguna con muchos años de estudio. Hecho este exordio, digo que hay una propiedad general en todas las cosas, á la que llaman *verdad*, por la cual se distinguen las cosas verdaderas de las falsas. Me daré á entender con ejemplos. Hallo lo verdadero y lo falso, diamantes verdaderos y falsos, amigos verdaderos y falsos, etc.

SILV. — Si la verdad es propiedad general, ¿cómo decís que hay cosas verdaderas y cosas falsas? Porque yo llamo propiedad general la que á todo generalmente conviene. Amigo, tambien los modernos dicen cosas imposibles.

TEOD. — Las cosas que se llaman falsas, como diamantes, oro, amigos, etc., son falsas en un sentido y verdaderas en otro. El oro falso es laton verdadero ; mas porque de él nos valemos para imitar el oro, y hacer que parezca lo que en realidad no es, por esto le llamamos falso ; por lo cual el nombre de oro por sola la apariencia es falso ; pero es verdadero en la sustancia de laton. Lo mismo digo de los diamantes y de los amigos, pues tambien estos son diamantes por lo raro, precioso, y la facilidad de engañar. La falsedad de las cosas no está en ellas mismas, está en la mala aplicacion que hacemos, poniéndolas ajenos nombres, ó usando de estos para engañar. El mismo hombre es un verdadero pícaro y un amigo falso. Ved si estais satisfecho.

SILV. — Teneis razon : eso es así.

EUG. — Me alegro de que esteis acordes.

TEOD. — Otras cosas hay que no son verdaderas,

y esto por diferente modo, por cuanto no tienen *ser*, sino un nombre y una apariencia de *ser*. Por ejemplo: el *mero espacio* tiene el nombre positivo y apariencia de *ser*; mas en la realidad es nada, porque cuando dentro de una casa no hubiese cosa alguna habria el espacio. No obstante la idea del espacio no es la misma que la idea de la nada, porque el espacio tiene en su idea la *nada* con la *posibilidad* de ponerse allí algun *ser* estenso sin separarse sus límites: por eso decimos que hay un espacio mayor que otro. El espacio de una casa, v. g., es mayor que el espacio de una gabeta. Ahora bien un *nada* no es mayor que otro *nada*, pues esto de mayoría ó esceso es propiedad que solamente cae sobre el *ser* positivo; luego el espacio es alguna cosa mas que la *nada*. Decimos, pues, que un espacio es mayor ó menor, porque sin moverse ó separarse mas las paredes ó límites que le encierran caben en este espacio mas cuerpos que en otro; y en orden á esta posibilidad ó capacidad, que es cosa positiva, se dice que el espacio es mayor ó menor.

EUG. — Lo he entendido bien.

TEOD. — Otra cosa que tiene nombre, como si tuviese *ser*, y en realidad no le tiene, es la *negacion*. Sobre esta se han dicho mil cosas ridículas y escusadas. Escogeré algunas, porque nos vemos embrazados mil veces por haberlas despreciado. Ya en la lógica os dije contra la opinión de Wolff y de muchos modernos, que podíamos hacer idea verdadera y positiva de la *nada*, y que esta idea era tan verdadera y tan positiva como la idea del hombre.

EUG. — Bien me acuerdo.

TEOD. — Ahora añadido, que la negacion (la cual no es otra cosa que la exclusion de alguna cosa positiva) tiene una propiedad totalmente diversa de las cosas positivas, en lo que muchos no reparan, y aun por eso tropiezan muchas veces sin saber de donde les vino la caída. La afirmacion cuantos mas predicados junta tanto mas vale. V. g., decir el rey de Prusia *es un rey guerrero*, vale mas que decir *es un rey*. Lo contrario sucede en la negacion, pues vale menos cuantos mas predicados se juntan para ser escludidos. V. g. si yo digo Pedro *no es hombre rico*, digo menos que si dijera *no es hombre*. Del mismo modo, si yo dijere *hay ocho metales*, vale esta proposicion mas que si dijera *hay siete metales*. Por el contrario, si yo dijera *no hay ocho metales*, quedaria la proposicion menos fuerte que si dijera *no hay siete metales*. De suerte que poner ocho es mas que poner siete; pero escluir ocho no vale tanto como escluir siete.

SILV. — Eso parece contradiccion.

TEOD. — Reparad, Silvio, y hallareis que es una cosa certísima. Digo yo, no hay diez hombres de bien en todo este lugar, ya digo mucho, ya hago una grande injuria á nuestros vecinos; pero suponed que pareciéndome que dije poco vuelvo á hablar en esta materia, y digo que no hay ni *siete hombres de bien*, y despues añadido que ni *seis*, y que ni *cinco* ni *cuatro*, ni *tres*, ni *dos*, ni *uno único*. ¿Quién duda que fuí profiriendo cada vez proposiciones mas fuertes?

SILV. — Así es.

TEOD. — Todo nace de lo que ya en la lógica dije

á Eugenio : que poner el todo es poner tambien la parte; pero negar el todo no es negar la parte. Quien da el *todo* da mas que aquel que solamente da la *parte*; pero el que niega el todo no niega tanto como el que niega hasta una parte. Si no quiero dar un real de plata, que es parte, ya se ve que no quiero dar una peseta, que es un todo en que esa parte va incluida.

EUG.—Bien me acuerdo de que tocásteis ese punto; pero habeis hecho bien en repetirlo, porque se me habia olvidado.

TEOD.—Síguese de aquí que la negacion, la que siempre escluye alguna cosa, tanto menos vale cuanto mas compuesto es el término que ella escluye, y tanto vale mas cuanto es mas sencillo el término que niega. Si yo digo, v. g., en todo este lugar *no hay un hombre que sea noble, rico y sabio*, y despues digo, en todo este lugar no hay un hombre, esta segunda negacion vale mucho mas por ser el término mas sencillo. El término de la primera negacion era *hombre noble, rico y sabio*, y el de la segunda era *hombre*.

EUG.—¿Y cual es la razon de esto?

TEOD.—Daré dos, que se reducen á una. Cuanto mas sencillo es el término, tanto es mas general, y comprende mas sugetos. *Hombre*, v. g., cuanto mas compuesto y circunstanciado fuere, como *hombre noble, rico y sabio*, es menos comun, y comprende menos sugetos; y de este modo la negacion, la cual siempre es distributiva, si niega término sencillo escluye mas sugetos, si niega término compuesto escluye menos sugetos. La otra razon, ó esta misma

por otro modo es, que el término sencillo es como parte del término compuesto, y quien niega hasta la *parte*, niega mas que aquel que niega el *todo*, porque quien niega hasta la *parte* forzosamente negará el todo, y quien no quiere dar el todo podrá dar una parte y negar otra. Podrá v. g. conceder que *Pedro es rico*, y no que es *noble ó sabio*.

EUG.—Ahora estoy satisfecho.

TEOD.—De aquí debemos sacar una consecuencia para precaver mil cavilaciones terribles. Suponiendo que existe algun *ser ó entidad*, podemos seguramente decir que existe cualquier predicado de los que componen y forman este *ser*; pero si suponemos que exista la negacion de un ser ó de una entidad, no podemos decir que existe la negacion de los predicados que la componen y forman. V. g., si Pedro existe en el mundo, puedo decir en el mundo existe hombre, existe viviente, etc.; pero si Pedro no existe en el mundo y existe la negacion de Pedro, no por eso podremos decir que existe en el mundo la *negacion de hombre*, etc.; pues de lo contrario no existiria en el mundo hombre alguno. Yo ví á un grande filósofo cortado con este sofisma, y he querido preveniros el origen y raiz de su detencion. Le decia: si existe David, existe el hombre. Luego existiendo la negacion de David existe la negacion de hombre; existiendo la negacion de hombre no puede al mismo tiempo existir el hombre. Luego ahora no puede haber hombre en este mundo, pues en este mundo hay la negacion del hombre. Esta era la forma del argumento; pero estaba en materia mas oscura, en la que no se podia co-

nocer tan claramente la falacia. Cuando se hace este paso *existe la negacion de David*: ahora bien, *David era hombre*, luego existe la *negacion de hombre*, hay una grande falacia y engaño en la consecuencia, porque David es un todo, *hombre* es uno de los predicados que le componen, y existiendo la negacion de un todo no se infiere de aquí que exista la negacion de cada parte ó de cada predicado de los que le componen. Tened presente lo que os dije en la lógica, cuyas doctrinas, aunque parezcan superfluas, no lo son. Creed que ni entonces ni ahora tocaré cosa alguna en que no considere utilidad, y tal vez precision.

EUG. — Como os gobernais por vuestra misma experiencia podeis fácilmente conocer lo util y lo inutil.

§ VI.

De lo posible y lo imposible.

SILV. — Esas sutilezas me agradan mucho, porque me criaron con ellas.

TEOD. — A todos deben agradar cuando no se abusa de ellas llevándolas á un punto escesivo. Ahora nos falta otro punto en que trabajaron infinito los antiguos, del cual sacaré lo precisamente necesario, porque en realidad lo es; pero dejaré lo inutil.

EUG. — ¿Acerca de qué?

TEOD. — Hemos hablado de las cosas *verdaderas* y las *falsas*. Ahora pues las cosas posibles son verdaderas, las imposibles falsas ó finjidas. Tenemos que hablar ahora de lo *posible* y lo *imposible*; porque, con efecto, antiguos y modernos cuestionan mil veces si tal cosa es posible ó imposible; y si no tuviésemos idea clara de lo que es ser posible ó imposible, no podemos hablar con acierto, y erraremos muchas veces. A lo imposible llamaban los antiguos *ente de razon*, porque solamente podía existir en la cabeza del que le finjia, y sobre esto levantaban inutilísimas disputas. Nosotros, segun nuestra costumbre, diremos todo lo que fuese util, y pasaremos de largo por todo cuanto sea escusado.

SILV. — El ser una cosa util ó inutil es conforme al fin á que se dirige. No podeis negar que estas cuestiones eran muy buenas para aguzar los ingenios.

TEOD. — Así es, y tambien para cansarlos, sin mas fruto que cansarlos. Amigo, cuando vosotros os quejais, porque no quereis quebraros la cabeza con los cálculos y las impertinencias de los modernos, debeis acordaros que tambien nuestros cálculos y esperiencias delicadissimas sirven para aguzar los entendimientos, ademas de servir para conocer la verdad de cosas reales y que existen.

EUG. — Vamos, Teodosio, á lo que importa.

TEOD. — *Imposible es solamente aquello que envuelve en su idea algun predicado con su negacion.* Todo lo demas es posible.

SILV. — ¡Atrevida proposicion! De un solo